

Cuando una voz inmensa, conturbando
 Los ámbitos del monte y la llanura,
 A amigos y contrarios va llenando
 De pasmo y de alegría y de pavora:
 Aquel acento horrisono y nefando,
 Envuelto en la traicion y la impostura,
 Caro á muchos y á pocos detestable,
 Anuncia que se ha preso á un gran culpable.

Y en torno á los magnates opresores,
 Y á los que favorece la fortuna,
 Viles escribas, pérfidos doctores,
 Que ahora en torpe alianza el vicio aduna;
 Del gran templo en los arcos exteriores
 Se arremolina el pueblo, é importuna
 Una vez y otra vez al Fariseo
 Por el nombre y los crímenes del reo.

—¿Es ladron, ó falsario ú homicida
 Aquel gran criminal? ¿su orgullo insano
 Intentó quebrantar en lid reñida
 La suma prepotencia del Romano?
 ¿Escándalo del mundo, el parricida
 En sangre paternal bañó su mano;
 O en las sagradas bóvedas del templo
 Dió de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso á la ley pagó el tributo
 Que se debe á los reyes de la tierra,
 Jamás dió su palabra amargo fruto
 De infausta division, ni cruda guerra:
 La cólera, el rencor, el llanto, el luto,
 Cuanto mal y dolor el mundo encierra,
 Huyen al resonar su blando acento,
 Cual leve arista que arrebatara el viento.

Lejos de hacer brotar de agenos ojos
 Lágrimas de amargura, amante llora
 Sobre las penas, lágrimas y enojos
 Que la vida mortal en sí atesora:
 Lejos de complacerse en los despojos,
 En la humildad y en la pobreza mora;
 Da vista al que jamás el sol mirara,
 Cura al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura
 La blanda salutífera doctrina,
 Su voz süave de la letra oscura
 Los profundos arcanos ilumina:
 A los de fé mas débil asegura,
 A los que van á ciegas encamina,
 Y á do su vista ó su palabra alcanza
 Vuelven vida y amor, fé y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores
 Tiene el profeta crímenes bastantes;
 El, de la ley los llama torcedores,
 El, del templo arrojó á los traficantes:
 Y á saciar su venganza y sus rencores,
 Con ronca voz y labios espumantes,
 Costumbres violan y traspasan leyes,
 Y pisan los derechos de sus reyes.

De una traicion doméstica, comprada
 Con oro vil, se valen los villanos,
 Y á poner en la víctima sagrada
 Van iracundos, las inicuas manos:
 Velando su impostura refinada
 A varones y vírgenes y ancianos
 De Israel; con ayunos y con preces,
 Del justo se preparan á ser jueces.

Jamás el mundo vió víctima alguna
 Del odio y el rencor de los mortales,
 Sufrir tantas afrentas una á una,
 Tantos dolores ni tormentos tales:
 Jamás tan negro fin de su fortuna
 Vieron los mas odiosos criminales,
 Ni para ajar tan límpida pureza
 Adunada se vió mayor vileza.

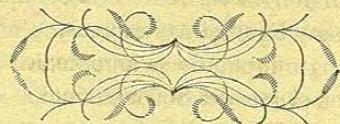
Como á un esclavo vil, por mas afrenta
 Arráncale sus sacras vestiduras,
 Y el acerado azote se ensangrienta
 En las perfectas formas, cuanto puras;
 La ira se dobla y el rencor aumenta,
 Como doblando van las amarguras
 Del justo, en los verdugos carniceros,
 Espanto de los siglos venideros!

Así tal vez la fiera tigre hircana
 Que fuerte acosa el cazador ardido,
 Cobarde lucha, y por huir se afana
 Al antro oscuro dó hasta allí ha vivido;
 Mas si mira teñida en roja grana
 De su contrario el pecho, hondo rugido
 Exhala de placer, y su ardimiento
 Redobra al par de su furor sangriento.

Hundieron en su frente una corona
 De duras y agudísimas espinas,
 Y la sangre brotando se amontona
 Sobre las sienes del Señor divinas:
 Un pedazo de caña le pregona
 Por rey, y rotas fajas purpurinas,
 Harapos en el suelo abandonados,
 Cual manto régio dánle los soldados.

Y haciendo mil burlescas contorsiones
 Entre mofas y risas le saludan,
 Mientras que los satánicos sayones
 Cansados de azotarle se remudan:
 Mas las bellas, purísimas facciones
 Ni al sarcasmo ni al golpe se demudan,
 Y al mirarlos soaie tristemente,
 Compadeciendo su furor demente.

La saña al desarmar y el odio fiero
 De aquella encarnizada muchedumbre,
 En vano el pacientísimo cordero
 Opone su piedad y mansedumbre:
 El, que bajó á librar al mundo entero
 De la mas ominosa servidumbre,
 Ora se ve azotado, escarnecido
 Del pueblo que en su amor ha preferido.



II.

El odio ya saciado
 Del Ecriba y del torpe Fariséo,
 Cuando bastante juzgan degradado
 Al inmortal profeta Galileo,
 Ante la masa estúpida
 Del pueblo, á consumir el sacrificio
 Vuelan, que llega el sábado,
 Y retardar no quieren su suplicio.

Con la terrible carga
 De una pesada cruz los flacos hombros
 Agobian de Jesus:—penosa y larga
 Y llena de ruínas y de escombros,
 Es del calvario lúgubre
 La triste, funestísima carrera;
 Mas viendo que la víctima
 Vacila, su rencor mas se exaspera:

Y con el asta dura
De las cobardes lanzas le atropellan,
Y si cae el lastimado por ventura,
Sin piedad le maltratan y le huellan
Turba feroz, sacrilega
De execrable verdugos que se ensañan
Contra del Justo, y réprobos
En sangre de su Dios torpes se bañan.

Como en noche callada
Llega acaso confusa á nuestro oído,
La voz de la tormenta desatada
Que sopla sobre el mar embravecido;
Y con el susto trémulos,
Aunque remotos del horrendo amago,
Dudamos si es mas próximo,
Y en tierra ó viento mar el fiero estrago.

Así en la muchedumbre
Que en calles, plazas, techos, miradores,
De la ciudad á la maldita cumbre,
Se ve de mil y mil espectadores:
En rudos sonos mézclanse
Anatemas y gritos de alegría,
Cantos de triunfo lúgubres
Y ayes de compasion y de agonía.

Allí van confundidos
Con los que de sus males ha sanado,
Los que en su contra están enfurecidos;
El aborrecedor junto al amado:
Empero son estériles
De amor y de piedad las emociones,
Calladas son las lágrimas,
Ruidosas la impías maldiciones.

Cobarde le ha negado
Aquel ingrato apóstol mas querido;
Uno solo de entre ellos ha quedado,
Los demas todos juntos han huido;
No hay una voz intrépida
Que acuse la impostura y la malicia,
Ni un corazon magnánimo
Que clame contra el odio y la injusticia!

Y por la prolongada
Calle que á la ominosa puerta guía
Judiciaria, en mal hora así llamada,
Sigue la plebe indómita y bravía:
Y en medio el justo, cárdeno
El rostro, y el mirar desfallecido,
Sigue con planta trémula
A la cumbre del monte maldecido.

Y he aquí, que una matrona
 A la mitad de la fatal carrera,
 Por dó mas el gentío se amontona
 Penetró: —su mirada lastimera
 No las amargas lágrimas
 Empañan del dolor; de tal quebranto
 En los tormentos hórridos,
 Poca es la voz, insuficiente el llanto!

Y mientras dolorida,
 Como un sepulcro helada y silenciosa,
 Se va acercando á aquel á quien dió vida;
 Tus mugeres, Salem, en voz piadosa
 Bajo sus velos cándidos:
POBRE MADRE! entre lloros exclamaban,
 Mientras las haces túrbidas
 Del pueblo, libre el paso le dejaban.

Mas los crudos guerreros
 Que al hijo de su amor torvos circundan,
 Aquellos despiadados estrangeros,
 Que en la crueldad su orgullo innoble fundan;
 Ya de las lanzas férreas
 Con las terribles puntas la rechazan
 Y con insultos bárbaros
 Y palabras de muerte la amenazan.

Entonces de sus ojos
 Con el pesar intenso amortecidos,
 Y del llanto anterior, hinchados, rojos;
 Rayos de luz brotaron, despedidos
 Como vivos relámpagos,
 Ante los cuales cejan los soldados,
 A los fulgores vívidos,
 Si no compadecidos, subyugados.

Libre el paso, MARIA,
 A Jesus dirigió la incierta planta,
 Y al contemplar su angustia y su agonía,
 De no morir la mísera se espanta.
 Sudor á mares, gélido
 Brota copioso de la augusta frente
 Al horrendo espectáculo
 Del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,
 Ni una lágrima sola, los dolores
 Del corazon revelan, dolorido,
 De la que es manantial de los amores.
 Jesus, en tanto, mírala
 A dos pasos de sí, y en blando acento:
 “ ¡Madre! ” su voz exánime
 Clamó, y “ ¡Madre! ” repiten tierra y viento.

Y al cariñoso nombre
 Que tanto amor y gozo tanto encierra
 Al combatido corazón del hombre
 En su paso fugaz sobre la tierra;
 Dando un gemido fúnebre
 Del fondo de su alma desgarrada,
 Cayó la madre mísera
 Sobre las duras losas desmayada!

Y un joven Galileo
 De bello rostro y de mirar sombrío,
 Y una joven mujer, del suelo hebreo
 Fragante flor; por medio del gentío
 Cruzan con paso rápido
 Hasta dó está la Virgen dolorida,
 Y con amor solícito
 La vuelven á la vez, dolor y vida.

Son Juan y Magdalena,
 De Jesus los discípulos amados,
 Que á arrancar á Miriam de aquella escena
 En su indecible amor van adunados.
 Mas su amorosa súplica
 No oye la Madre, y bajo un sol ardiente,
 Del ominoso Gólgotha
 Prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo
 Que está por altos juicios destinado
 La muerte á presenciarse del Dios del cielo,
 Para aplacar al mismo Dios airado.
 Al ara ya la víctima
 Se acerca del mas grande sacrificio,
 Y tierra y cielo atónitos
 Se preparan al hórrido suplicio!

